

LA ONU CONTRA LA FAO

El único ingeniero forestal que ha recibido un Nobel, de la Paz, fue Norman Borlaug, un fitopatólogo con quien se quiso personalizar el éxito sin parangón en la Historia de la Humanidad de la Revolución Verde. A finales del s.XIX, un 90% de la población pasaba hambre en mayor o menor grado. Sabemos pero no recordamos las hambrunas del té del Raj británico en la India, del caucho del Congo, la “Dust Bowl” en USA, del Holodomor de Rusia, la posguerra en España, también en Holanda y otros países europeos, de la Revolución Cultural china (la mayor masacre del s.XX, por encima de la Guerra Mundial o la Gripe Española),... Hoy el nivel de malnutrición mundial está por debajo del 10% de una población 4 veces mayor y se concentra en lugares de conflicto bélico y tribal. Sin haber conseguido todavía erradicar el hambre, viéndolo ya posible, ahora nos debemos preocupar por la sed, el acceso global al agua,... pues también representa un grave riesgo de conflicto.

Durante la Guerra Fría los gobiernos eran conscientes del riesgo de una guerra abierta global, no solo por las armas nucleares (que al menos a nivel teórico, se consideraba controlada desde los trabajos de Teoría de Juegos que también salieron del Proyecto Manhattan, conocido por MAD, -Destrucción Mutua Asegurada-), sino por algo mucho más probable y que sale menos en las películas: el hambre en países del Tercer Mundo. El hambre ha sido el motor de la Historia: migraciones, invasiones, guerras, pillajes,... la codicia y el nacionalismo solo la usan. Se creó la FAO en 1945 con el objetivo de erradicar el Hambre, como condición previa a intentarlo con la violencia y estamos a punto de conseguirlo. En los 70, la alarma de informes como el del Club de Roma, a diferencia de los planteamientos teóricos nucleares, sí era un riesgo sin control, pero fue resuelto con la globalización de la tecnología agrícola, que es en resumen la Revolución Verde: selección genética, nitratos, insecticidas, fungicidas, herbicidas, bombas de riego, mecanización, conservantes, plásticos y embalajes, cadenas de frío, estabulación intensiva, invernaderos,... Para alimentar al Mundo hubo que sustituir la agricultura tradicional y muchos países consiguieron en esa década la ansiada Soberanía Alimentaria porque se compartió el conocimiento para hacerlo. Si no se hubiera hecho, ya habría estallado más de una guerra mundial y muerto cientos o miles de millones de personas por hambre. El comité del Nobel simbolizaba en su exposición de motivos que con sus semillas resistentes a plagas, Borlaug había salvado 240 millones de vidas, más que las que consiguieron suprimir juntas todas las guerras y experimentos políticos redentores del s.XX. La reacción social ha sido liderada por los urbanitas ricos en su insistencia redentora con el ecologismo: volver a la agricultura tradicional, por ser los que se lo pueden permitir.

A la Ilustración, era de la Razón, reaccionó el Romanticismo, siglo de Emociones, melancolía y tradición. A las Revoluciones Francesa y Norteamericana, reaccionó el conservadurismo de la Santa Alianza, de nuevo recurriendo a la tradición. Frente los excesos de la Revolución Verde, nació el Ecologismo, que asume que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”. Ha habido despropósitos y hemos asumido riesgos, pero jamás en la Historia de la Humanidad ha habido un nivel nutricional generalizado ni siquiera parecido. El éxito de la FAO con la alimentación, es compensado por el fracaso de la ONU, que a un ritmo de casi conflicto por año, ha intermediado acumulando decepción tras decepción en el control de la agresividad colectiva. Tal vez como maniobra de despiste, en los últimos años la ONU ha querido ampliar su objetivo inicial, asumiendo funciones de la FAO y adquirido un relato ecologista de enfrentamiento implícito con aquella de la que es tutora: la Cambiología, la agricultura tradicional y “ecológica” -o “biológica” u “orgánica”, absurdas perogrulladas-, la Transición Energética -mientras año a año el nivel de consumo de energía fósil aumenta- y el Ecologismo, que no la Ecología. Bueno es que haya sindicatos que controlen los excesos del capital y bueno es que haya ecologistas que controlen los excesos de la agricultura... pero malo es que se giren las tornas.

En los 70, la amenaza era la Cuarta Glaciación y el fin del Holoceno. El origen del cambio de argumento viene de la estrategia de regar a la ciencia que inició Thatcher, química de formación, para demonizar al carbón en las huelgas de los mineros en los 80. Seleccionó “papers” serios, los llevó a la agenda del G7 y puso pasta sobre la mesa. Entonces la alarma era por la lluvia ácida –si bien llevamos mal los óxidos de nitrógeno, se han reducido un 70% los de azufre- y el agujero en la capa de ozono -si bien aumentan en la troposfera, otro éxito de la comunidad internacional, pues desde Montreal se ha reducido en ¼ parte en la estratosfera-. Los que, frustrados por falta de fondos y prestigio, se habían intentado ganar la vida con temas climatológicos resultaron estar en el sitio y momento oportuno (en mi caso personal, ya me había rendido y me había cambiado de trabajo para pagar la hipoteca). De repente había instalaciones, becas, ordenadores, congresos,... a disponer,... sin directrices, sí, pero dirigiendo vía riego las conclusiones esperadas. Si se quiere publicar, ya se sabe cómo hay que titular.

Digo Cambiología y no Climatología, por no confundir futbolero con futbolista, o ecologista con ecólogo, parapsicología con psicología, o astrología con astronomía, pues la primera es una pseudociencia y la segunda, aunque presionada por una financiación sesgada, es ciencia. Son algunos de los propios climatólogos que han cambiado el nombre de sus departamentos a Cambio Climático, pues se publica mejor con buenos títulos. Los métodos científicos se han desnaturalizado en la Cambiología. Han retrocedido a definiciones de ciencia preilustradas: se parte de un supuesto que es la propia conclusión, se riega de

financiación según confirmación de la hipótesis, se toleran y citan en bucles de estudios retroalimentados “boot strapping pair reviewing loop”, con simuladores computacionales que confunden representación con demostración, equiparando correlación a causalidad en una reedición de la ciencia escolástica, obviando la no-linealidad (“ceteris paribus” vale para lo que vale, pero en sistemas complejos es mala práctica), las “sigmas” o márgenes de confianza (“varianzas explicadas” del 70-80% son admitidas solo en ciencias sociales y ecológicas, -ante el 50% del cara-cruz-, trasponiendo tendencia a causa: es una barbaridad para otros ámbitos científicos, incluso para la propia climatología), la discriminación de variables (aquí hay para un libro y mucho abusa de ello la IA con sus “cajas negras”), la selección de conjuntos de datos, sin revisiones críticas de las proyecciones,... todo bajo un manto de aparente científicidad, pero es simplemente mala ciencia, de la que cada vez hay más también en otros ámbitos. Dicho de otro modo, la Calentología tiene la fiabilidad de la Economía, ciencia que explica porqué no sucede lo que había previsto. No se necesita falsear datos para mentir con estadística, basta hacerla mal, ser tolerante consigo misma y beligerante con los demás, cuando no tendenciosa e interpretarla al gusto. Los “reviewers” son estrictos con la significación p, pero laxos con la homogeneidad de varianza (son términos técnicos que valoran los supuestos según lo que molesten para publicar resultados). Basta con regar la parte del jardín donde queremos que crezcan los tomates más gordos o las flores amarillas. No será falso que los tomates y flores serán hermosas. El amarillismo cambiológico oferta la ansiedad que genera, y como la intención y la preocupación no va a cambiar el deseo de la gente, no requiere de confirmación, sino de un nuevo Informe o una nueva Agenda que tape las anteriores.

Por encima de los antibióticos o los partos medicalizados, la Revolución de la Higiene, ha alargado drásticamente la esperanza de vida, con efectos secundarios en la proliferación de enfermedades autoinmunes. La población humana estaba en la UCI y ha pasado a Planta con un agresivo tratamiento agrícola, que como toda quimioterapia, ha tenido efectos secundarios no deseados. Cierto es que es bueno no fumar, comer equilibradamente, hacer deporte, ser positivo,... pero si se tiene un cáncer terminal, no hay que confundir el tratamiento con las recomendaciones preventivas higiénicas y de hábito. Nadie se somete a un proceso de quimio y radio sin necesidad vital, por gusto o interés. Cierto es que se han desecado acuíferos, el DDT ha provocado muertes, la tragedia del Bophal, el sobrepeso y las enfermedades cardiovasculares, la Colza, las crisis del maíz rojo, la desertización por exceso de fertilizantes, los animales en granjas acinadas, los riesgos climáticos y de la pérdida de biodiversidad,... y bueno es que haya quien lo esgrima, pero malo que se transforme en un Relato Dominante, pues a diferencia de la Revolución Verde, no tiene éxito alguno que reclamar.

Seleccionando los ladrillos científicos, se construye una casa “científica”, pero un Relato construido con ciencia no es Ciencia, sino ciencia-ficción, una novela distópica con base, a veces hasta de calidad. El “cumpleaños feliz” es música como un concierto de Bach, ambos tienen su solfeo (matemáticas), sus luthier y altavoces (ordenadores y grabaciones), incluso su cantidad de repeticiones en medios, pero no el mismo valor. El Relato Ecologista asumido por la ONU a través de su IPCC, propiciado por la pseudociencia cambiológica y la ideología ecologista, no deja de ser una dramatización “basada en hechos reales”, de la vieja y reiterada reacción del urbanita de la ONU ante el campesino, representado aquí por la FAO. Una reacción de los ricos contra los pobres, de los mascarados contra los hermanados, abolengo contra comuneros, del sofá y tele contra el sudor y las inclemencias. Conservacionismo conservador de los privilegios de los sobrealimentados. Un lujo que pagan gentes que no vemos, ni conocemos, pues los mercados son globales y nosotros les imponemos los precios.

El relato ecologista es ideológico porque niega parte del conocimiento que no lo confirma, y por si acaso, acusa a los que ponen peros de fascistas, capitalistas y negacionistas de la parte que sí conviene para confirmar la “verdad decidida”. Eliminar los conservantes o los envoltorios plásticos, prohibir transgénicos y pesticidas, sustituir fertilización por barbechos, consumir producto local, desmontar nucleares y presas, bienestar animal asignando emociones humanas a la comida, sustituir agro por campos solares, calificar al anhídrido carbónico como contaminante,... es desandar lo que nos llevó a la UCI, insultar al médico que nos salvó del colapso por lo fea que ha quedado la cicatriz o tener que llevar una bolsa, pero los urbanitas adultescientes podemos permitirnos estos caprichos y más, externalizando los costes sin pagar (desplazando el precio de nuestro deseo al coste colectivo, que acostumbra a considerarse “progre”), además de exigirles a los pobres y agricultores que nos cuiden el paisaje y vendan nuestros alimentos al precio que democráticamente decidimos (cada compra es un voto). ¿Extraña que los agricultores se levanten en protestas, molestando con sus tractores los centros urbanos de los que les dicen lo que tienen que hacer y a qué precio vender?

Votamos a representantes según nuestras intenciones, pero votamos muchas más veces y en sentido contrario, al consumo de trastos, a la moda sostenible (¿!), a los alimentos orgánicos (¡!) y traslados estúpidos, según nuestros deseos, que elevamos a la categoría de necesidades, incluso derechos. Vamos en coche a manifestarnos contra las centrales de combustibles fósiles, para después gritar eslóganes contra el incremento de los precios de la gasolina. No sabemos lo que queremos, pero lo queremos todo, con intensidad, lo queremos con urgencia, lo queremos barato y no queremos sus consecuencias. Que el hijo coja un avión

para jugar un partido de fútbol o para ir a la boda de una prima no es derecho ni necesidad.

Más madera, es la guerra. Verde es complementario a ecológico, y si se enfrenta, como en las movilizaciones agrarias contra las directivas europeas, contrario. Agricultura y Naturaleza. Hombre y Ambiente. En el mejor de los casos, la dialéctica entre los relatos Verde y Ecologista puede ser positiva si se compensan y controlan mutuamente, pero nadie ha vendido el éxito del Relato Verde y por el contrario el Ecologismo, sin réditos propios, ha usurpado ese calificativo y ha adquirido la condición de supremacista moral... origen, por cierto, de todo totalitarismo. En el peor de los casos, la imposición reaccionaria y conservacionista de la ONU, la promoción a ciencia de la pseudociencia del IPCC, el boicoteo a la energía nuclear -fisión y próximamente fusión-, el tradicionalismo, el localismo, la imposición urbanita, el desprecio demográfico, la burocracia alimentaria,... la hipocresía del negacionismo (los que niegan la parte de la ciencia que no confirma su hipótesis -creer es la clave-, y son quienes acusan de negacionistas a los científicos que hacen su trabajo: dudar, poner peros, ofrecer alternativas, con método, pues cuanto más se profundiza, menos seguro se está de todo relato y más del de los ignorantes convencidos); puede perjudicar el éxito de la Revolución Verde.

Contextualicemos este paso atrás: el Ecologismo es el Romanticismo de la Ilustración Verde, y ya sabemos que incorporando el darvinismo, degeneró en los nacionalismos, o más recientemente en la sustitución de la razón, la responsabilidad y la ley, por la emoción, la intención y el deseo. Tenemos suerte de vivir en una época de éxito y avances, un punto de inflexión histórico del que apenas nadie relata más que sus defectos, por lo que es de justicia poner en valor la Revolución más importante desde el Neolítico: la del Antropoceno; que no es por la emisión del alimento de la vida, el -CO₂-, sino por la globalización y la transmisión del conocimiento de los agrónomos: la Verde. Por primera vez en la Historia la abundancia, la alimentación, la alfabetización, la conectividad,... son generales y eso les jode a algunos que proponen un relato que devuelva a la mayoría donde debían estar: labrando con agricultura tradicional su campo en su país (se justifican diciendo que es posible así, alimentar a 8.000 millones,... a saber de dónde se han sacado semejante majadería). Ahí nació ya rancio el cruel Relato del Ecologismo negacionista, insolidario, elitista, urbano, hipócrita e ignorante, pero no tienen razón ni mérito para autobendecirse como “verdes”. Monstruos disfrazados de Cumbayá que ofrecen redención de las decisiones y actos individuales a cambio de concienciación e intenciones.